

Tribuna para los Trabajadores

Sin título

Por casualidad ha llegado á mis manos un periodiquillo, órgano de la familia de los *buhos*, que parece tiene por gran mérito llevar la biografía del santo del día, y me ha parecido prudente dedicarle mi atención y ofrecerlo á los lectores de RENOVACIÓN que todavía *ignorán* quién fué la mujer de Caín y el afortunado mortal que la Providencia destinó á poblar este nuevo continente.

Y la tal biografía no trata icoso extraña! de un santo de la calaña del asesino Pedro Arbués ni de los sanguinarios Raimundo de Peñafort é Ignacio de Loyola, ni tampoco de la taifa de papas que la historia nos señala como modelo de inmoralidades y corrupciones, elevados á la categoría de santos, gracias á la habilidad de otros tantos malvados.

El santo que ocupa mi atención es de los llamados pacíficos: por esta razón y por la de ser catalán se me ha hecho simpático, y por eso también lo ofrezco en holocausto al *gran* rebaño de la fe, que se queda tan feliz y tan fresco después de decir, los miembros que la componen, que profesan la única religión verdadera, á pesar de que ven que paulatinamente la van arrojando de su seno los pueblos cultos.

El santo á que me refiero, es el modesto Ramón Nonato, hijo de un pueblo llamado Portell (Barcelona), y que se hizo fraile por consejo del inquisidor catalán Raimundo de Peñafort.

¡Qué honra para la familia, dirán muchos, tener un santo en la casa! Pues se equivocan los que tales suposiciones hacen; la familia del santo de mi historia dice que á partir desde la canonización de Ramoncito, no han tenido más que desgracias y calamidades, tanto que apenas queda un vástago para contarlos. Tal vez sería por mediación del santo para que se hicieran acreedores al premio celestial ó

viceversa de esos grandes acaparadores de la fe, que también procuran acaparar los placeres y los bienes terrenales; ya los primeros, para recompensar los disgustos y sinsabores que les proporcionan los pobres herejes, ya los segundos, para sostener guerras en defensa de la religión y elevar á la categoría de santos á los curas de Santa Cruz, Alcabón, Flix, obispo Caixal, capitanes de hordas de bandidos, que al grito de ¡Viva la Religión! robaban, violaban, incendiaban y asesinaban, dejando tras ellos un reguero de sangre y de desolación.

Pero Ramoncito no perteneció nunca á esa cuadrilla de monstruos: he dicho que fué muy pacífico. Estudió Teología y Filosofía en Barcelona, y cuando se disponía á tomar el hábito, su padre consultando á sus intereses lo llamó para cuidar sus tierras, mas á Ramón le tenía el cielo destinado para fines más elevados, y á pesar de la oposición del padre vistió el hábito y predicó una temporada en Cataluña. Enterado el papa Gregorio de la perla que tenía la Iglesia, lo llamó á Roma y le confirió la regla de san Agustín é inmediatamente se fué á Argel á redimir cautivos y á convertir infieles. Sus trabajos y predicaciones le valieron muchos azotes y el estar encerrado en una mazmorra durante varios meses, al cabo de los cuales pudo regresar sano y salvo á su país natal.

El papa entonces lo nombró cardinal del título de Santa Eustaquia y otra vez lo llamó á Roma donde le esperaba una misión muy delicada á cumplir.

Cuando se dirigía á la ciudad llamada Eterna, cayó enfermo en un pueblo llamado Cardona, y allí murió el 31 de agosto de 1240; pero antes de morir recibió el viático de manos del propio Jesucristo, y su cuerpo fué llevado por la noche á Portell, por una